

LA CIUDAD MACULADA

Os dejo aquí el asfalto
y el humo
y el ruido, trepidante, de las bielas.

Os dejo
el rigor de las citas
y los tubos babélicos del vértigo,
los preceptivos caminos amarillos,
los degradantes agujeros
a nivel del ombligo,
las vendas, oradadas,
para impúdicas noches de astillados espejos...

Os dejo los ladridos de los perros
de las altas cancelas
y las sucias palabras
que serpean por las graves alfombras
y se alzan
y velan
las gélidas miradas de masturbados cuerpos.
Dejo los cuerpos mismos,
dejo

los albañales
por donde se diluyen
y maculan las íntimas orillas.

Y aquí quedan las colas,
no de ave
ni de caballo
ni siquiera de perro,
sino aquellas que Job, por pura broma,
le signó sobre el lomo al tiempo de la prisa.

Y dejo la corbata
y este ceñido traje.

Os dejo, en suma,
LA CIUDAD MACULADA.

DOMINGO VELÁZQUEZ